

## **I Domingo de Adviento, Ciclo A**

### **Avivar la esperanza**

En el primer domingo de Adviento los cristianos empezamos a prepararnos para celebrar la Navidad, avivando en nosotros la esperanza de la venida última y definitiva del Señor con la gloria propia del Resucitado. Las lecturas bíblicas (Is 2,1-5; Rm 13,11-14; Mt 24,37-44) nos acercan a la figura enigmática del Hijo del Hombre cuyo origen se remonta a la tradición apocalíptica del libro de Daniel (Dn 7,13). Según los evangelios, Jesús se presenta como Hijo del Hombre revelando tres facetas de sí mismo, unas veces se manifiesta como juez de la humanidad (Mt 24-25), otras como sufriente y víctima de la injusticia de los hombres (Mc 8,31), y otras como servidor y liberador del hombre (Mc 10,45).

La Iglesia espera la venida del Hijo del Hombre, vencedor de la muerte, señor del cosmos y juez de la historia y de la humanidad. Pero el que vendrá en el futuro definitivo es el mismo que vino ya trazando el camino de la verdad, asumiendo el proceso de liberación del hombre y afrontando su destino de sufrimiento y de muerte por la causa del Reino de Dios. Es el mismo Hijo del Hombre que actúa con autoridad entre los suyos, ofreciendo el perdón al paralítico (Mc 2,10), interpretando la mediación religiosa de la ley y del sábado en función del ser humano (Mc 2,18), y que muestra su identidad como servidor de todos. En el primer evangelio el énfasis recae en la firmeza del Hijo del Hombre que vendrá como juez, porque viene con decisión y provocando escisión: "Estarán dos en el campo: uno se lo llevarán, y a otro lo dejarán" (Mt 24,40). La sentencia no será igual para todos pues cada cual dará cuenta de sus obras. La verdad última que juzga a toda persona y que sin duda saldrá a la luz implantando la justicia mesiánica es el sufrimiento de todas las víctimas de esta historia injusta, es el dolor de los que gimen en esta tierra y la indigencia de los pobres de este mundo.

De Cristo, el juez sufriente y liberador, se anuncia la certeza de su venida y la incertidumbre de su momento. Mateo reclama la actitud de una espera tensa y activa, pues sobrevendrá repentinamente como el diluvio en tiempos de Noé, o como el ladrón en la noche. El mismo evangelio indica después cómo hay que esperar: Nada de abusos ni de maltratos, ni de conductas despóticas o hipócritas, especialmente en los responsables de toda comunidad. Dice Pablo que hemos de estar espabilados y atentos al momento en que vivimos. El adviento es una ocasión propicia para darnos cuenta de lo que pasa y tomar conciencia de ello. Mateo dirá más adelante lo que realmente está pasando, que "tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, era forastero y no me acogisteis, estaba desnudo y no vestisteis, estaba enfermo y en la cárcel y no visitasteis" (Mt 25,42-43). En el contexto de la permanente crisis de nuestro tiempo, no debemos quedarnos ni adormecidos ni desesperados, ni distraídos con una religiosidad hipócrita y vacía, o andando entre riñas y disputas eclesiales, o en la vida fácil, relajada y de autosatisfacción típica de nuestras sociedades acomodadas.

Mediante la escucha de la Palabra y la oración, podemos avivar la esperanza generando en nosotros las actitudes de solidaridad y fraternidad, que confluyen en la luz hacia la transformación de esta tierra, atrapada por la injusticia, la mentira y

la violencia, en una tierra en la que de las espadas se forjen arados y de las lanzas podaderas, convirtiendo las armas de guerra en instrumentos de paz, de una paz universal, a la que nos llama el Hijo del Hombre que viene y cuyo nacimiento en la historia celebramos en Navidad.

José Cervantes Gabarrón, sacerdote misionero y profesor de Sagrada Escritura.